

El Mundo de las Aventuras

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

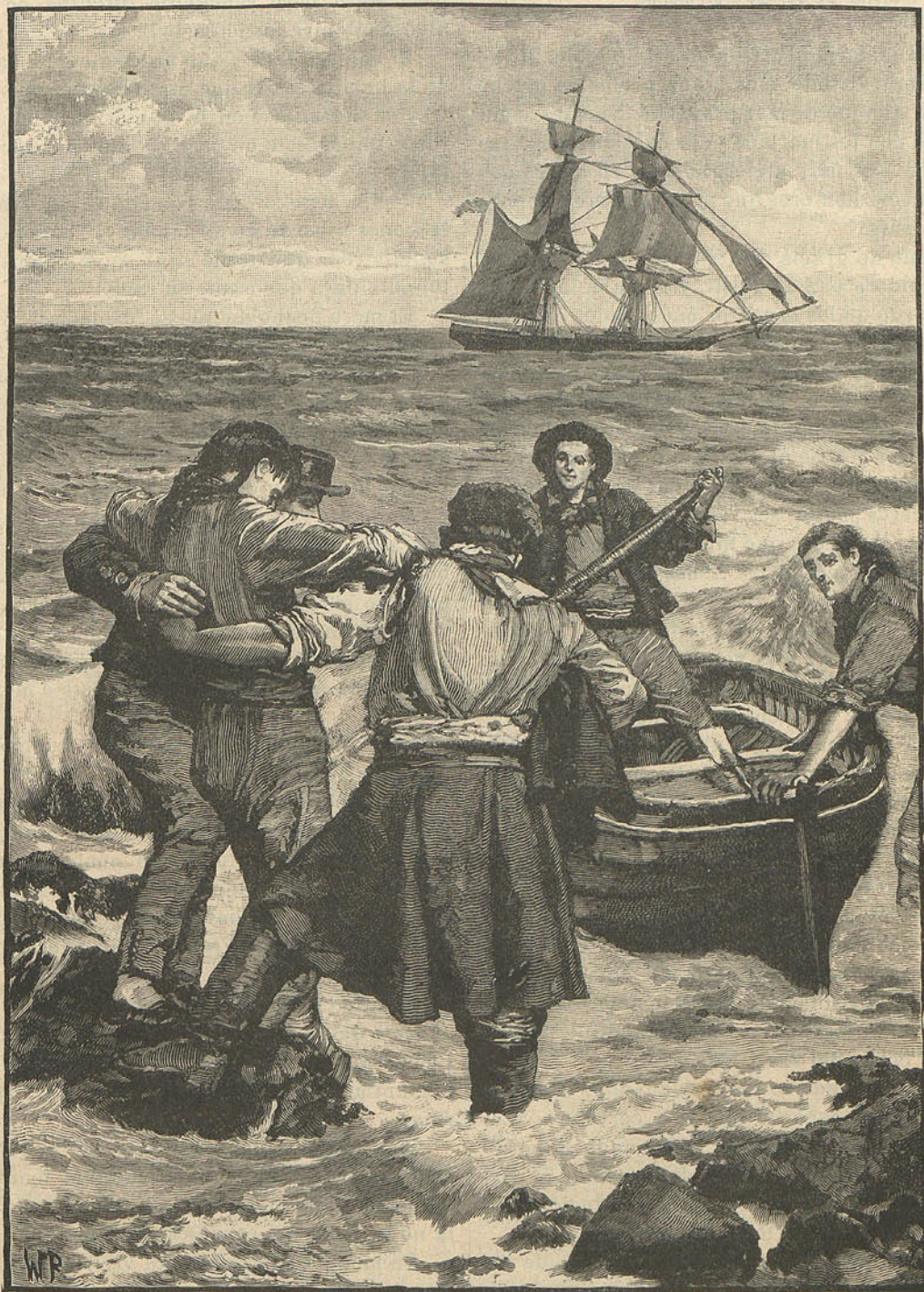
→ Año I. : Núm. 8 ←

ESPAÑA
 Un año (con la novela).. 12'50 ptas.
 Un semestre : : : 6'50 >
 Número suelto : : : 0'25 >
PORTUGAL
 Suscripción pagadera semanalmente.
 Cada número (con la novela).. 50 reis.

Barcelona, noviembre de 1892

Con el presente número se entregará el cuaderno 3.º
 de «¡Hijo mío!», novela de la BIBLIOTECA

CUBA Y PUERTO RICO
 Un año (con la novela). . 5 pesos oro.
 En el resto de América
 fijan el precio los Sres. Corresponsales
EXTRANJERO
 Un año (con la novela). 18 ptas.



JEFFREY «EL MARINO».—Fué preciso llevarle en brazos...

SUMARIO

Dos historias de un pueblo de pescadores (*conclusión*).—El Carnaval de Perth.—Viaje á la Tierra del Fuego (*conclusión*).—Guerra á muerte (*continuación*).—María Estuardo recibiendo la noticia de su sentencia de muerte.—La fuga del presidiario.—Los centauros del Gran Chaco.—Noticias.

DOS HISTORIAS DE UN PUEBLO DE PESCADORES

(Conclusión)

II

Historia de Jeffrey "el Marino"

La segunda historia ocurrida en este pueblecillo no se refiere al contrabando, sino á una profesión mucho más peligrosa, aunque de más provecho. Nuestro asunto se relaciona con los marinos y sus expediciones, que no dejaban de ser muy arriesgadas, y en las cuales diéronse á conocer hombres que prestaron muy buenos servicios á su país.

Corría el año de gracia de 1807, el mismo en que se firmó la traidora paz de Tilsit, y reinaba la mayor actividad á bordo de los cruceros encargados de recorrer los mares; pero si estos barcos, como todos los que tomaban parte en tales empresas, hallábanse expuestos á un grave peligro, si bien estaba previsto por la ley, dábanse casos en que esa ley era infringida por la fuerza superior y bajo el pretexto de una aparente necesidad. Aunque tuvieran todos sus documentos en regla, los cruceros podían ser visitados por los jefes de los buques de la Armada, que muy á menudo, tanto á los puertos como en alta mar, abusaban de su autoridad.

De esto tuvo una prueba el *Lord Nelson*, bergantín mercante que se hizo á la vela en Polperro con una tripulación de expertos marinos. Después de cruzar por el Canal durante una semana ó más sin resultado alguno, tocó en Falmouth para abastecerse de provisiones; y allí fué abordado por el *Recruit*, bergantín de guerra, cuyo comandante se apoderó de varios hombres y grumetes de la tripulación de aquél, figurando entre ellos Roberto Jeffrey, héroe de la historia que vamos á relatar.

Roberto Jeffrey había aprendido el oficio de cerrajero en casa de su padrastro, bien conocido en Polperro por su fuerza y habilidad; pero, así como muchos otros jóvenes de la población, experimentó vivos deseos de servir en la marina, y abandonando la fragua se enganchó á bordo del *Lord Nelson*.

Sin embargo, cuando se vió trasladado al *Recruit*, fuéle forzoso dar á conocer que era cerrajero, y el comandante dispuso que siguiese trabajando á bordo en calidad de tal. Después de su depuración, el *Recruit* se hizo á la vela inmediatamente, conduciendo á nuestro héroe á las Indias Occidentales.

En aquella época, el espíritu belicoso, aunque rayase en brutalidad, considerábase hasta cierto punto como un mérito en todo jefe ó comandante. Grandes

hombres, como Boscawen, Cornwalles ú Howe, habían dado el ejemplo, y los oficiales subalternos amoldaron su conducta á la de sus jefes, excediéndose con poca frecuencia en su manera de proceder.

Uno de esos imitadores fué el capitán Lake, comandante del *Recruit*, joven marino que imitaba á sus mayores no solamente en su brusca conducta, sino también en sus vicios, particularmente la bebida.

Parece ser que, mientras el *Recruit* cruzaba el mar de los Caribes, Jeffrey se utilizó de su habilidad para extraer de un barril la cerveza que el capitán reservaba para su uso propio. El joven podía haber alegado en su defensa que los tormentos de la sed le atentaron á cometer la falta, pues la ración de agua que se daba diariamente á los tripulantes no era suficiente para ellos; pero semejante disculpa no merecía ser atendida entre los jefes de la marina del aquel tiempo.

El capitán Lake, que precisamente había abusado de la bebida el día que esto sucedió, dispuso que Jeffrey se presentase en la cubierta, y acusado allí de robo, impúsosele un castigo, que no merecía, por su falta.

—¡Un bote al mar!—gritó el capitán.—No quiero ladrones á bordo de mi buque. ¡Teniente Abould: en aquella roca que desde aquí se ve dejarán Vds. á este tunante para que expie su falta!

El mero hecho de que se obedeciese sin réplica una orden tan brutal demuestra cuál era la disciplina en la armada inglesa á principios del presente siglo. Con alguna vacilación, expresada más bien por el ademán que por las palabras, pues el capitán había bebido con exceso, y era peligroso discutir con él, el bote fué botado al agua y condújose á Jeffrey á la roca.

Ya había cerrado la noche cuando llegaron, y una vez allí, dejáronle libre para volver cuanto antes á bordo, por temor de que el capitán los abandonara también si tardaban más de lo necesario.

No obstante, bastante les costó separarse del pobre joven, que de rodillas y con lágrimas en los ojos suplicaba no se le dejase allí expuesto á morir de hambre.

—Es orden del comandante,—contestaron,—y no podemos desobedecer.

Cuando Jeffrey volvió en sí, se encontró solo en aquel lugar desolado, sin alimento alguno y sin más objetos que un pañuelo, un cuchillo y un pedazo de madera, que los marineros, más humanos que el capitán, le dejaron allí para hacer señales si pasaba algún buque. No tenía más ropa que la puesta, ni arma alguna.

El sitio en que se había abandonado á Jeffrey era el islote del Sombrero, perteneciente al grupo de los de Lecward, especie de peñón desnudo, sin torrente ni manantial y solamente habitado por las aves marinas.

Pasó algún tiempo, antes de que el pobre joven se convenciera de que el capitán había tenido realmente intención de abandonarle allí, pareciéndole que su falta no merecía tan espantoso castigo.

En medio de la oscuridad vigiló toda la noche, y al rayar el día se consoló porque el *Recruit* estaba todavía á la vista.

Pero muy pronto perdió la última esperanza cuando vió que el buque proseguía su ruta, desapareciendo poco á poco en el último confin del horizonte. Ya no le quedaba más refugio que aquella inhospitalaria roca y la inmensidad del Océano, sembrado de islas.

En las primeras horas de la mañana experimentó ya el tormento del hambre, y su sed era devoradora. En el islote abundaban las aves marinas, que volaban en círculos sobre él, ó posábanse en las rocas; pero, como ya hemos dicho, no tenía escopeta, y érale imposible cazar alguna. Fuera de esto, ni siquiera le quedaba la esperanza de alimentarse de vegetales. Mientras miraba á su alrededor, vió un huevo á pocos pasos; pero estaba tan corrompido que, á pesar de su hambre, lo arrojó. El agua salada, que al cabo de algún tiempo le fué forzoso beber, no sirvió más que para excitar su sed, y tal era ésta, que durante un momento creyó volverse loco.

Por fortuna, una hora después cayó una ligera lluvia, y entonces Jeffrey pudo recoger con una concha un poco de la que había quedado en los huecos de la roca. Hecho esto, sentóse, con la vista fija en el Océano, ansiando descubrir alguna vela.

De vez en cuando divisaba algún buque, pero todos pasaban de largo sin acercarse á la isleta, aunque Jeffrey hacía continuamente señales, gritando con toda la fuerza de sus pulmones para llamar la atención.

Aquellas fluctuaciones entre la esperanza y el desengaño trastornaron su espíritu de tal manera, que al fin, con la vista siempre fija en el mar, apenas supo si pasaban realmente buques ó si creía divisarlos en medio de su delirio.

Volvamos ahora al *Recruit*.

Al alejarse de la isleta, el buque hizo rumbo hacia las Barbadas para reunirse con la escuadrilla mandada por sir Cochrane. El incidente ocurrido con Jeffrey comenzó á divulgarse muy pronto, comunicándose de una tripulación á otra y despertando la indignación de todos allí donde se refería, hasta que al fin llegó así á oídos del almirante.

Este jefe envió á buscar al punto al capitán Lake, reprendiéndole severamente por su monstruosa brutalidad y le ordenó que marchara al momento con toda la celeridad posible á la roca para salvar al infeliz abandonado allí.

Los informes varían en cuanto se refiere al tiempo transcurrido desde el día en que se dejó Jeffrey en el islote hasta aquel en que el *Recruit* volvió para recogerle. En un relato de la época dicese que pasaron dos meses; pero un compañero de Jeffrey, que había presenciado la ejecución de la cruel sentencia y que fué uno de los primeros que saltaron después á la roca para prestarle auxilio, dice que el *Recruit* se hallaba á los quince días delante de la isla del Sombrero.

Los botes, tripulados por vigorosos remeros, llegaron sin novedad hasta la roca, á la cual saltaron varios hombres para buscar al infeliz; mas la noche cerró sin que se le encontrara por ninguna parte.

Los tripulantes volvieron tristes y cabizbajos al buque, y se esperó el día siguiente, pero también sin resultado, aunque mientras duró la luz del día se exploró el islote detenidamente. Solamente se encontra-

ron unos pantalones (no de Jeffrey) y el mango de un cuchillo.

Al fin, se renunció á buscar más, y dióse cuenta al jefe del mal resultado de las pesquisas. El almirante pareció quedar convencido de que el infeliz joven habría sido auxiliado por algún buque.

Pero no concluyó con esto la historia: pasando de boca en boca, cruzó el Atlántico, llegando al país de que Jeffrey era hijo, y allí excitó de tal modo el interés, despertando tal indignación, aun al cabo de dos años, que el capitán Lake fué sometido á un Consejo de Guerra, y se le expulsó de la Armada.

Entretanto, nada se sabía aún sobre la muerte de Jeffrey. Era preciso encontrarle, si aun estaba vivo, y devolverle á su casa y familia; y mientras no se consiguiera esto, las investigaciones proseguirían sin descanso. Así lo decía la voz pública, y no faltó quien con su persistente oficiosidad se cuidara de que el Gobierno no olvidase el cumplimiento de semejante deber.

En tal estado de ansiosa incertidumbre sobre la suerte de Jeffrey, concibióse alguna esperanza por una declaración que presentó á las autoridades de Liverpool un marinero llamado Jorge Hassel, quien aseguró haber visto en Massachusetts (Estados Unidos) á un joven que llevaba el nombre de Jeffrey y cuyas señas correspondían á las que de él se dieran. El declarante añadió que se conocía muy bien á este Jeffrey en las inmediaciones de Marblehead y de Beverley, donde se le llamaba generalmente por apodo *Gobernador de la isla del Sombrero*, siendo cosa notoria que había sido abandonado allí por orden del comandante de un bergantín de guerra inglés.

Otros hechos vinieron á confirmar pronto la declaración de Hassel, habiéndose recibido un documento que, si bien parecía encaminado á tranquilizar el espíritu público, produjo el efecto contrario, sirviendo solamente para despertar nuevas dudas.

Era este documento una carta que contenía minuciosos detalles sobre todo cuanto le había sucedido al joven desde que fué abandonado en el islote; pero en vez de estar firmado el escrito por Jeffrey habíase puesto en lugar de su nombre una cruz, siendo así que, según los informes, el joven escribía correctamente.

Para confirmar la duda, el *Times* publicó, en 4 de octubre de 1809, una carta de la madre de Jeffrey manifestando su convicción de que aquellos detalles eran un invento del capitán Lake, ó de personas pagadas por él, y que tal vez se habría sobornado á alguno para representar á su hijo.

Era necesario salir de dudas, y se envió un buque para que trajera á la persona en cuestión.

Veamos ahora lo que le había sucedido á Jeffrey en la roca desierta.

El infeliz contaba ya nueve días en aquella soledad, y en el último hallábase en un estado de estupor que casi le privaba del conocimiento, cuando un buque se acercó lo bastante para distinguir el pañuelo, débilmente agitado por la mano desfallecida del joven, y con indecible alegría Jeffrey vió poco después que un bote avanzaba hacia la roca.

Era una goleta americana, conocida con el nombre de *Adams*.

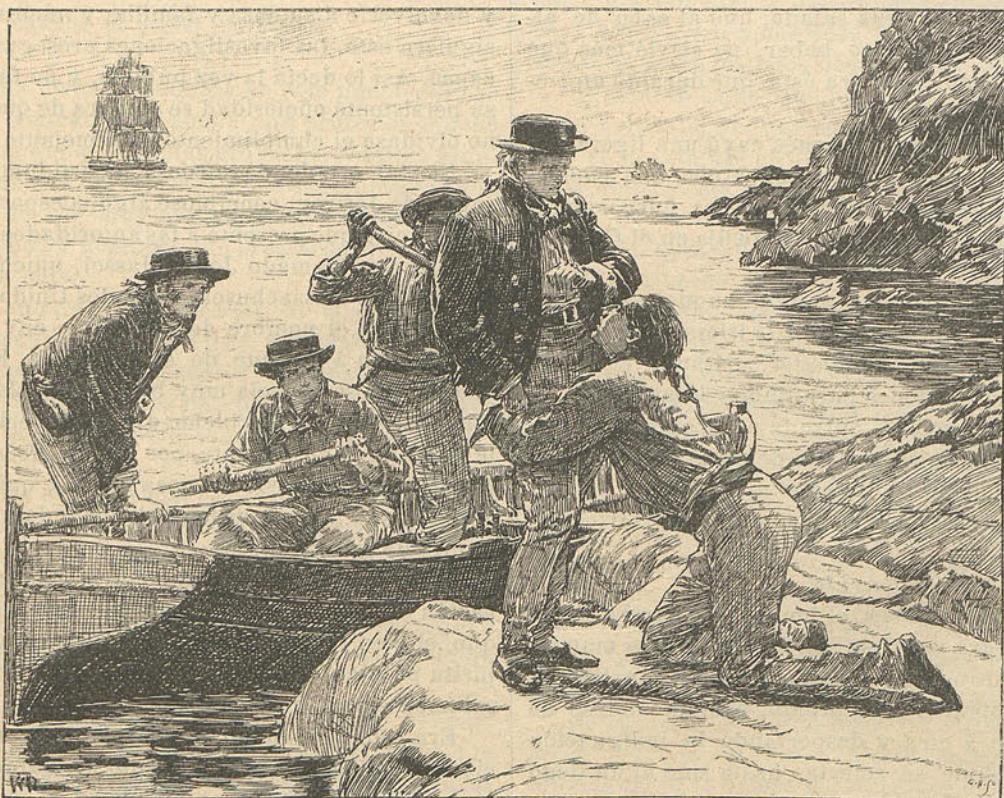
Tan exhausto y desfallecido estaba el pobre Jeffrey, que fué preciso llevarle en brazos é izarle á bordo, no siéndole ni siquiera posible articular una sola palabra.

Pero, gracias á la solicitud y buen tratamiento de los tripulantes del *Adams*, muy pronto se restableció y fué conducido á Marblehead, donde su triste historia excitó las simpatías de todos. Numerosas personas le prestaron eficaz ayuda, y volviendo á su oficio de cerrajero ganó lo suficiente para vivir de su trabajo, ignorante del profundo interés que su suerte excitaba en Inglaterra.

Desembarcó en Portsmouth en octubre de 1810, tres años después de su aventura en la isla del Sombrero,

mente. En vez de reflexionar que una reputación como la suya sería una cosa transitoria y que nada podía hacer mejor que continuar trabajando en su oficio, escuchó los consejos de algunos tontos y quiso utilizarse del interés que su aventura despertara. Marchó á Londres y exhibióse en uno de los muchos teatritos que allí hay; de modo que durante algún tiempo Jeffrey *el Marino* fué una de las cosas que más llamaban la atención.

A los pocos meses volvió á Polperro con dinero suficiente para comprar una pequeña goleta, con la cual proponíase dedicarse al comercio de cabotaje; pero la especulación fué desgraciada, y al fin Jeffrey murió



JEFFREY «EL MARINO».—De rodillas y con lágrimas en los ojos suplicaba...

y al presentarse ante el almirantazgo, éste le absolvió completamente de su ligera falta. Explicó la circunstancia de la firma diciendo que en el momento de ir á estamparla en presencia de muchos caballeros hallábase tan nervioso, que prefirió hacer una cruz.

En Polperro, todos los habitantes salieron para recibirle con música y banderas, y aquel día fué de fiesta para toda la población: el encuentro de la madre con el hijo conmovió á cuantos presenciaron la escena.

Si esto fuese un cuento, con esto se daría por concluido; pero Jeffrey no es un héroe de novela. Le hemos visto bebiéndose la cerveza de su capitán, y le hemos encontrado después trabajando tranquilo en Marblehead, indiferente á las inquietudes de sus amigos en Polperro. El fin de su vida contiene una moral.

Jeffrey consintió en no entablar procedimiento alguno contra el capitán Lake, merced á un donativo de tres mil duros; pero con esto acabó de obrar juiciosamente.

de consunción, dejando en la pobreza á su mujer y una hija.

LEYENDAS DE LOS ESTUARDOS

I

EL CARNAVAL DE PERTH

LA TRAGEDIA DEL REY

Mas allá del brazo del Forth (Gales) el sol se ocultaba en el horizonte entre rojizos resplandores como una inmensa bola de fuego, en medio de negras y espesas nubes. La noche se acercaba rápidamente, y una fresca brisa rizaba las crestas de las olas, que iban á morir en la playa dejando tras sí un rastro de blanquísima espuma en las solitarias arenas.

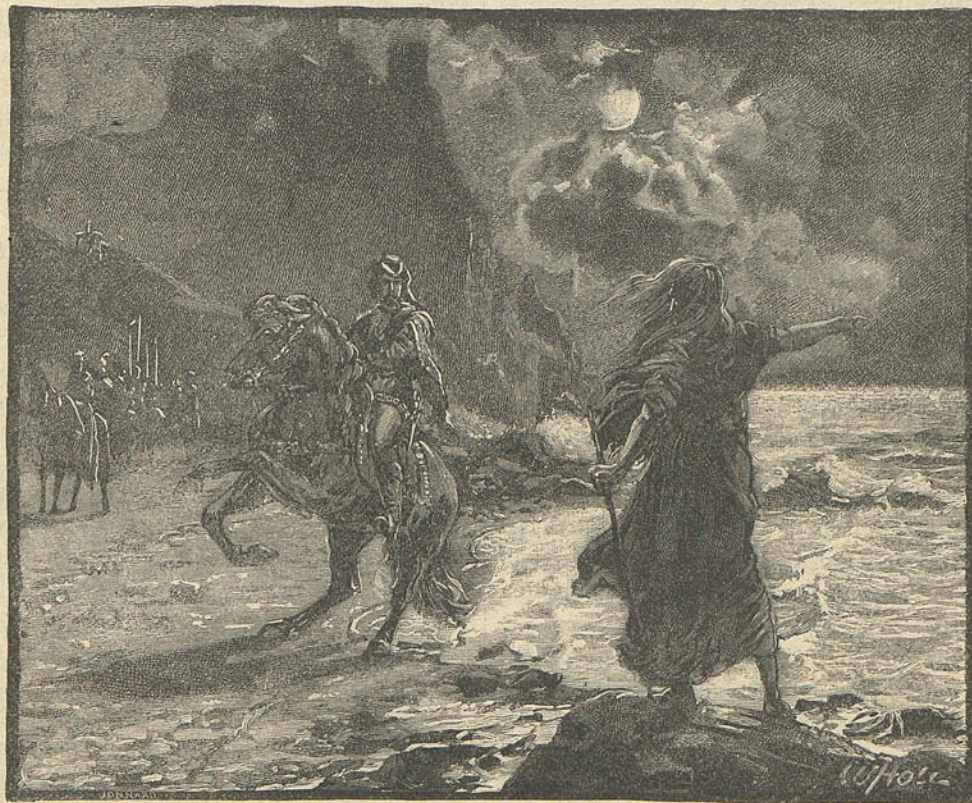
Poco después, las tintas rojizas del cielo tomaron un color gris oscuro; la noche cerró completamente, y vióse pasar por cerca de la playa algunos caballeros que avanzaban á buen paso en dirección á la barca estacionada allí para cruzar el río.

Eran Jacobo I, rey de Escocia, acompañado de su séquito, y dirigíanse al monasterio de los Dominicos, ó hermanos negros, de Perth, donde la corte debía reunirse en la Navidad de 1436.

Los caballeros, muy cansados, al parecer, avanzaban apresuradamente porque se habían retardado, y viajar de noche no era nada agradable en aquella época en que no había seguridad para nadie. La trai-

nio había sido confiscado por Jacobo, más bien con el deseo de aniquilar la influencia de aquel hombre maligno, que no por un principio de justicia.

Cuando Jacobo estaba acampado con su ejército delante del castillo de Roxburgh, la reina se presentó de improviso y dió cuenta á su esposo de la conspiración tramada contra su vida, por lo cual Jacobo levantó el sitio, y presentándose ante el Parlamento denunció á sir Roberto Græme, acusándole de traición. Sin embargo, el conspirador principal había comprometido en la trama al conde de Athoh, prometiéndole que su hijo, Roberto Estuardo, sería rey de Escocia en vez de Jacobo, y, gracias á esto, Græme consiguió



EL CARNAVAL DE PERTH.—¡Atrás! ¡No paséis de aquí!

ción, por otra parte, era muy de temer, y las personas que acompañaban al rey y á la reina rodeábanlos, temerosos de algún ataque.

El rey Jacobo tenía numerosos enemigos, y con frecuencia habíasele oído decir, cuando volvió de su larga cautividad en Inglaterra para ceñir la corona de sus padres:

—Si Dios me concede vida, no habrá lugar alguno en mi reino donde la llave no guarde el castillo, y el establo la vaca, aunque yo deba vivir como un perro.

Esto podía parecer un alarde; pero el carácter resuelto del joven rey demostró que sus intenciones eran francas y leales, aunque desde un principio hubo de comprender que la lucha contra los nobles y los bandidos era superior á las fuerzas de un hombre.

El personaje que más figuró en la última conspiración tramada contra la vida del rey fué un tal Roberto Græme, hermano del conde de Stratheme, cuyo domi-

escapar de su prisión y refugiarse en las Tierras Altas para madurar un plan.

Esta especie de prólogo era necesario para la mejor inteligencia de la tragedia que vamos á referir, y ahora reanudaremos el hilo de nuestra interrumpida historia.

El rey y su séquito avanzaban presurosos, como ya hemos dicho, en dirección á la barca, cuando de improviso se destacó de entre las rocas una figura, semejante á un fantasma, y agitó los brazos. Los caballos que iban delante espantáronse y retrocedieron tan impetuosamente que poco faltó para que derribasen á sus jinetes, y dominada, al fin, la confusión, la cabalgata se detuvo.

—¿Quién anda ahí?—gritó uno de los caballeros.

Era una mujer anciana, al parecer, pues no se podía verla bien en la oscuridad. Permanecía inmóvil en medio del paso, y con ademán imperioso parecía ordenar á los jinetes que no pasaran adelante. La brisa hacía

flotar su escaso ropaje, y después de una pausa la extraña mujer gritó:

—¡Atrás! ¡No paséis de aquí!

En aquel mismo instante un rayo de la luna iluminó las facciones de aquella fantástica aparición, que más que otra cosa parecía un espíritu de las tinieblas.

—¡No paséis adelante!—repitió de nuevo.

Algunos de los jinetes consultaron entre sí, y dos ó tres de ellos adelantáronse hasta la mujer; pero ésta no quiso dar explicación alguna, diciendo que sólo hablaría al rey.

Entonces Jacobo se acercó á su vez, y la mujer, deteniéndose ante el caballo, miró al rey fijamente.

—¿Qué significa esto?—preguntó Jacobo.

—He dicho que no debéis pasar de aquí,—exclamó la aparecida.

Jacobo pensó que tal vez tuviera conocimiento de alguna nueva traición, é inclinóse para hacer varias preguntas á su interlocutora; pero la mujer, sin contestar á ellas, extendió un brazo para señalar las olas que iban á morir en la playa, y exclamó con voz penetrante:

—¡Rey! ¡Si cruzas esas aguas, jamás volverás con vida!

Jacobo, mirando fijamente á la mujer, cuyos ojos tenían cierta expresión extraña, recordó entonces de pronto que se daba mucho crédito á un pronóstico, según el cual aquel mismo año debía morir asesinado un rey en Escocia.

—¿Sabes algo?—preguntó.

Por toda contestación, la mujer cogió la brida del caballo é hizole dar la vuelta; pero como en el mismo instante llegara la reina con su séquito, Jacobo desechó sus temores.

En el acompañamiento iba un caballero á quien Jacobo llamaba *rey del amor* por su apostura y gentileza y sus cualidades físicas, volviéndose hacia él sonriendo y dirigióle la palabra.

—Amigo mío,—le dijo.—¿Tenéis conocimiento de la profecía? Asegúrase que este año se asesinará á un rey en Escocia. Yo no conozco sino dos: vos y yo, y, por lo tanto, uno de nosotros ha de sucumbir. Ya podéis estar alerta.

Y separando del caballo la mano que había querido detenerle, dió orden de seguir adelante. Los jinetes picaron espuela, y la mujer quedó sola. Unicamente la reina volvió la cabeza algunas veces, y siempre vió que la sibila permanecía inmóvil en el mismo sitio.

VIAJE A LA TIERRA DEL FUEGO

(Conclusión)

IV

ASPECTO GENERAL DE LA ISLA

La Tierra del Fuego es una grande isla que forma como el extremo meridional del continente americano, estando situada á los 71° longitud oeste y 54° latitud sur.

Habíanla explorado ya nuestros antiguos heroicos

navegantes, y posteriormente á ellos estuvieron allí el capitán Cook, el célebre naturalista Darwin, y por fin los Sres. Rousson y Willems.

La isla ofrece un aspecto variadísimo, tanto por su población como por la naturaleza del terreno y por el clima.

Sus límites son el estrecho de Magallanes por el N. y el O.; el Océano Atlántico por el E., y el canal de Beagle por el S.

Su sistema de montañas se compone de tres cadenas que se dirigen paralelamente de E. á O.: la primera parte de Cabo Boqueron y termina en Cabo Espíritu Santo (en la costa atlántica); altitud 500 metros; la segunda se extiende entre la bahía de San Sebastián y el Cabo Peñas, siendo su más alta cumbre la del monte Nose; finalmente, la tercera cadena empieza en la península de Brecknock y termina en Cabo San Diego; esta cadena es la más elevada, descollando en ella el monte Darwin, que mide más de 1800 metros de altitud y el monte Sarmiento, que alcanza 2,073 y está cubierto de nieves perpetuas.

Bahías de la porción septentrional de la isla: San Sebastián, al E.; Lomas, San Felipe y Gente Grande, al N.; Porvenir é Inutil, al O. En la parte sur: Bahías de Policarpio y Tetis, Buen Suceso, San Valentín y Aguirre, al SE.; Usnaia y Denista, al S.

Entre las tres cadenas existen inmensas llanuras ocupadas por grandes lagos, de los cuales salen algunos ríos de escaso caudal.

El clima es muy variable; en unas partes la temperatura es muy suave, mientras en otras se deja sentir tan reciamente el frío que no son raras las muertes por congelación. La diferencia entre la temperatura máxima y la temperatura mínima diarias es muy considerable. Son asimismo muy bruscas las oscilaciones barométricas.

Los vientos que reinan con mayor frecuencia y los más violentos son los de O., que alcanzan á veces una velocidad de 30 metros por segundo. Esos vientos soplan, por lo regular, á puesta de sol y antes de salir éste.

Las lluvias son frecuentes en la parte sur y raras en la península del norte.

La isla está habitada por tres tribus: los Onas, que ocupan la parte N. y NE.; los *Yaghanes*, acantonados en el S. y los *Alcalufes*, al O.

Los Onas son de gigantesca estatura, pues llegan por lo común á medir dos metros; color cobrizo, rostro oval, frente estrecha, pómulos salientes, cabellos negros y largos, ojos pequeños, nariz algo aguileña y boca grande. Muy musculosos y forzudos. Visten (cuando visten) alguna piel de zorra ó de guanajo, ceñidas al cuerpo con nervios de animales. Los sexos se distinguen por llevar los hombres un pedazo triangular de cuero sobre la frente; las mujeres se adornan con brazaletes y collares de conchas. Su ocupación consiste en buscarse la comida: ellos cazando guanajos y zorras, y el bello sexo dedicándose á la pesca de moluscos y de peces podridos, arrojados por las olas á las rocas.

Las armas son muy primitivas: arcos de roble, con la cuerda hecha de nervios de guanajo; flechas de

palo, terminadas en una punta de pedernal; carcaj de piel de lobo de mar, y honda. Las mujeres van provistas siempre de un arpón y un cesto de mimbres y tienen por obligación servir de bestias de carga, preparar los campamentos, mantener encendido el fuego y cuidar de los niños. Convendría se enterasen de las teorías de ciertas pedagogas honorarias con que nos solazamos en este nuestro bendito país. Los campamentos, situados en la vertiente de alguna montaña, se componen no de tiendas, sino de hoyos: estos hoyos miden 1'50 m. de diámetro por 40 centímetros de profundidad y están rodeados de estacas cubiertas de pieles. Cada familia se mete dentro de un hoyo, y allí se pasa las noches, teniendo por techo la constelación de la Cruz del Sur. Una familia consta por lo general de cuatro bimanos y muchos perros, fraternalmente mezclados en el hoyo.

Los Onas son nómadas, cambiando de sitio según las necesidades de la caza; temen al hombre civilizado cuando son pocos, pero si son muchos le atacan con ferocidad. Las tres tribus se divierten en hacerse de continuo una guerra de exterminio. Lo mismo que los patagones creen en un espíritu quellan *Wallitchu*, ó Boliche, y al cual atribuyen los bienes y los males.

Comunicanse entre sí por medio de grandes hogueras que encienden con hongos secos y piritas de hierro. «A causa de las hogueras que arden á veces en una longitud de muchos kilómetros,—dice un autor,—á consecuencia de los vientos violentos, y que por la noche se ven á muchas millas, dieron á esta isla los primeros navegantes que la costearon el nombre de *tierra de los fuegos*, y por extensión ha quedado *Tierra del Fuego*.»

Los animales de esta isla son pocos: figuran entre los cuadrúpedos el guanajo, la zorra, el perro salvaje, la nutria, la rata, el turón y el tuco-tuco, que es un roedor minador. La fauna volátil es más abundante, constando de becadas, flamencos, papagayos, ánsares, ocas, mochuelos, chotas, mirlos, cisnes y avefrías ó frailecillos.

Tampoco es muy rica la flora: hay dos especies de hayas, una especie de magnolia, una calceolaria, diversas plantas de matorral, etc., siendo en todo á la vegetación bastante parecida á la de la Patagonia.

Entre las riquezas minerales hay hierro en abundancia; oro, aunque á grandes profundidades, y lignito.

La población indígena no pasa de 12,000 almas.

Esta isla está llamada á ser, dentro de pocos años, una inmensa granja para la cría de ganados. En la parte norte del estrecho de Magallanes hay establecidos multitud de alquerías en que se cría ganado lanar y vacuno, resultando estrecho ya el territorio para los pastos; y como no se puede ir más arriba por cerrar el paso los Andes, habrá que trasladarse á la Tierra del Fuego.

Bueno es saber dónde hay posibilidad de largarse, porque al paso que vamos tendremos que huir todos de esta *tierra del fango*, aunque sea para refugiarnos en la *Tierra del Fuego*.

GUERRA A MUERTE

EPISODIO HISTÓRICO

PRIMERA PARTE.—LOS INDEPENDIENTES

(Continuación)

CAPITULO VIII

LOS AMORES DE IGNACIO VALDÉS

Obligado á soltar su presa, becado por Roqueron, humillado ante sus soldados, Ignacio Valdés juró vengarse. Pero como Joaquina Montalvo y Jerónimo Bustamante estaban protegidos por Inés y el general Ródenas, relegó su odio á los más profundos repliegues de su corazón, confiando en que no se haría esperar largo tiempo el día del desquite. Ninguna hipocresía, ninguna cobardía ni bajeza ninguna asustaban á aquel hombre sanguinario que en materia de gobierno parecía inspirarse en las más detestables máximas de los terroristas de todos los tiempos.

Hacia tres días que Joaquina vivía en casa del alcalde, y aun no había ido á verla el *Sandio*. Envió á Tito á su antigua habitación, pero el negro no trajo ninguna noticia. Apoderóse entonces de su ánimo viva inquietud y cruzó por su mente una terribilísima sospecha. No pudiendo alcanzar á la madre ¿no habría quizás Valdés vengándose traidoramente en el hijo pagando á uno de los matasietes que formaban su escolta habitual? ¿Quién sabe si el cadáver del pobre niño no yacería en el fondo de algún negro barranco, medio devorado por los zopilotes! Con un malvado del temple del presidente de la Junta de Secuestros, todas las suposiciones eran permitidas, todos los crímenes eran probables.

También el alcalde hacía diligencias para saber del *Sandio* y le hacía buscar por sus servidores y por sus amigos. Aunque demostrase tranquilidad delante de Joaquina, invadía su corazón la inquietud. Por fin, un día, al regresar de una de sus numerosas excursiones, saludó alegremente á la viuda y le dijo:

—Señora, enjague V. su llanto; consuélase V.: Luis vive.

—Bendito sea V., Bustamante, por la feliz noticia que me da. ¿Le ha visto V.?

—Modere V. su impaciencia, Joaquina: el muchacho no estará aquí hasta pasado mañana.

—Bustamante... ¿Me habla V. así para prepararme á recibir la más terrible nueva? No emplee V. rodeos si es que debo llorar la muerte de mi hijo.

—¡Por Dios, señora! ¡No me juzgue V. así! Si hubiese ocurrido algo de malo, no la iría á engañar á V. Vamos, vamos: alégrese V., Joaquina; alégrese V., porque Luis vive y es digno de su noble padre. Mientras deplorábamos su ausencia servía á su país, se sacrificaba por la causa sagrada de la libertad.

—¡Ay! Mi hijo no tiene su razón.

—Pero odia á los asesinos de su padre y á sus perseguidores de V.; detesta la tiranía que nos esclaviza y nos aniquila. Y luego que Luis no es siempre tan sandio como nos parece: á veces su inteligencia recobra una lucidez extraordinaria, sus facultades dormi-

das sacuden su torpeza y se ejercen entonces con una vivacidad y una superioridad que me sorprenden.

—Esos momentos son muy cortos.

—Para el porvenir de los pueblos oprimidos, un día ó una hora bien empleados valen más que toda una vida de indiferencia y de apatía. En lugar de temblar y de doblar la cabeza ante nuestros verdugos, Luis ha re-

—Cuando sepa que Simón Bolívar ha desembarcado en el continente americano. ¡Ah, Joaquina, Joaquina! ¡Qué hermoso día será para mí! ¡Para todos!

—Saludaré con todos vosotros el gran día, D. Jerónimo. Pero si debiese añadirse á mi tristeza un nuevo luto, si mi hijo cayese víctima de su abnegación, asegúreme V. que tendré el supremo consuelo de volverle



María Estuardo recibiendo la noticia de su sentencia de muerte

corrido la sierra en compañía de Diego Ramírez; ha inducido á los caciques indios que simpatizan con nosotros á prepararse para la lucha. Ha avisado á los esclavos cimarrones que iba á sonar la hora de la venganza. Los soldados de la independencia se levantarán tan numerosos como en otro tiempo, y sólo esperan la señal para lanzarse al campo.

—¿Quién dará esa señal?

—Yo.

—¿Cuándo?

á ver y que de momento ningún peligro le amenaza.

—Deseche V. sus temores, Joaquina: su hijo de V. estará muy pronto de vuelta. Yo mismo se lo traeré á V.

—Cuento con su promesa, Bustamante.

Menos inquieta ya sobre la suerte del *Sandio*, Joaquina se tranquilizó algo y se abandonó de nuevo á su habitual melancolía, hecha de recuerdos, de pesares, y en la cual encontraba un refugio contra las penas del presente.

¡Ay! Otros cuidados y otros dolores vinieron á abatirla.

Habiendo D. Juan de Ródenas enviado un parte á Puerto Cabello para pedir que le mandasen una compañía de soldados á fin de reforzar un puesto algo aislado (puesto de observación de la desembocadura del To-

y que era indispensable aplicar los decretos de Morillo respecto á la leva en masa.

Sin levantar mano ordenó que todos los hombres de color debiesen hallarse pronto á ser equipados, armados é incorporados de grado ó por fuerza á los regimientos que operaban en el litoral venezolano. Muy



La fuga del presidiario

X. A. R. 1840

cuyo, río importante de Venezuela), Ignacio Valdés se creyó autorizado con aquella demanda para exagerar la situación de las tropas reales é imaginar peligros inminentes. En consecuencia, reunió á los oficiales que residían en el fuerte de San Felipe, les anunció que los hijos del país se agitaban, que la guerra iba á empezar de nuevo, más terrible, más sangrienta que nunca

pocos fueron los negros que se sometieron de grado á este alistamiento obligatorio. La mayor parte de entre ellos huyeron y buscaron un refugio en las impenetrables selvas de la Cordillera ó en los llanos.

Al punto se organizaron patrullas, mandadas por oficiales y sargentos que recorrieron el interior y los alrededores de Puerto Cabello, registraron las casas,

las chozas y echaron mano á toda la plebe negra que encontraron, declarándola apta para el real servicio. Casi todos los guerreros de tal manera reclutados prometieron desertar, así que se les ofreciese ocasión.

Al presentarse una de estas patrullas en casa de Bustamante para reclamar á Tito á D.^a Joaquina Montalvo, el negro había tomado ya las de Villadiego. Por orden de Ignacio Valdés practicóse en la casa un minucioso é insultante registro, pero sin resultado. Este acontecimiento reavivó los pesares de Joaquina y le llenó de dolorosas aprensiones para el porvenir. No solamente perdía un servidor devotísimo necesario á su desvalimiento, sino que atraía sobre la cabeza de su huésped sospechas que la malevolencia y el odio podían transformar en crímenes de lesa majestad, crímenes castigados siempre con pena de muerte.

Apuntando especialmente á D. Jerónimo Bustamante y á Joaquina Montalvo, el presidente de la Junta de Secuestros hizo declarar á son de tambores y trompetas que los colonos eran responsables de sus esclavos, y que todo tránsito debía ser inmediatamente sustituido, so pena de una fuerte multa. Quedaba entendido tácitamente que la falta de pago de una multa llevaba consigo una confiscación en regla para los que poseyesen bienes, y un riguroso encarcelamiento para los que no poseían fortuna aparente.

Encargado Sánchez de ejecutar las órdenes de Valdés, prometióse desplegar una excesiva severidad y llevar á buena composición á las más recalcitrantes hispano-americanas. Sin embargo, antes de ponerse en campaña vaciló un tanto su celo y entró en algunas reflexiones, que se apresuró á comunicar á su digno amo.

—Su Señoría,—dijo,—sabe que no tiene más devoto servidor que yo.

—Ya lo sé, Sánchez.

—Su Señoría puede estar bien convencido de que por nunca jamás amén retrocederé por nada ni por nadie para satisfacerle en todo cuanto le guste mandarme.

—Sánchez, ¿á qué vienen esas reticencias? Explícate.

—Quisiera preguntar á Su Señoría si tiene acaso que darme instrucciones particulares por lo que concierne á D.^a Joaquina Montalvo, la viuda aquella cuya defensa tomó con tanto calor Su Señoría cuando, á fuer de necio como soy, iba á condenarla á pena capital, olvidando que se extendía sobre su persona la protección de Su Señoría, y que por lo tanto hubiera debido ser para mí tan sagrada como la mismísima Virgen del Pilar.

Ignacio Valdés miró de reojo á su secretario para asegurarse de si hablaba ó no irónicamente; pero no descubriendo en su actitud sino aquella baja expresión de adulación rastrera que era uno de los caracteres distintivos de su temperamento, repuso con sangre fría:

—¿Para qué hacer excepciones en favor de doña Joaquina Montalvo? Y, luego, ¿que está acaso comprendida en el decreto D.^a Joaquina Montalvo?

—Es que poseía un esclavo que ha huído cobardemente al punto que ha sido reclamado para el servicio de S. M.

—Y ¿no se sabe qué ha sido de ese esclavo?

—¿Se sabe acaso qué ha sido de los otros? Este de que hablamos ejercía cierta influencia entre la población negra de Puerto Cabello, y desde hace largo tiempo estaba señalado como partidario de la revolución.

—Pues eso es grave, es gravísimo, Sánchez. A pesar de todo el interés que me inspira D.^a Joaquina, no puedo, no me es permitido abrir mi corazón á la piedad. Obra con esa mujer como si me fuese completamente extraña. Primero, exige la multa; y si la multa no se paga inmediatamente, no concedas ninguna moratoria ni fianza... y á la cárcel.

—Las órdenes de Su Señoría serán puntualmente ejecutadas. Esta noche podrá reflexionar la Montalvo sobre la inconstancia de los destinos humanos entre las cuatro paredes de una casamata del fuerte de San Felipe.

—No, Sánchez. Esta noche no: diría que persigo á una pobre viuda sin defensa. Quizás movido por el remordimiento, el esclavo volverá y se alistará voluntariamente.

Sánchez se sonrió.

—Mañana,—repuso Valdés,—mañana será ocasión de prender á D.^a Joaquina.

—Bueno: dejémoslo para mañana.

—Tomarás toda clase de precauciones para que la detención se opere sin escándalo, ni ruido, después de la siesta.

—Muy bien.

—Conducirás al punto á Joaquina al fuerte de San Felipe y la harás pasar bajo las ventanas del pabellón que habitan D.^a Teresa y D.^a Inés de Ródenas. Yo estaré allí haciéndoles compañía á aquellas señoras y te daré nuevas instrucciones.

Sánchez se inclinó respetuosamente y dijo con humildad:

—Esas señoras y Su Señoría quedarán satisfechos.

El presidente de la Junta de Secuestros y su secretario se habían comprendido. Miráronse sin que se contrajese un solo músculo de su rostro y sin que su fiera mirada revelase la menor sorpresa. Tácitamente acababan de convenir en una infame comedia para atraerse la gracia de Inés.

—¡Por San Miguel Arcángel, mi patrono!—murmuró Sánchez al retirarse.—Creo que mi amo anda enamorado de la hija del general.

La conjetura de Sánchez, por extraña y atrevida que fuese, era, en parte, fundada. Ciertamente, Valdés no estaba para hacer el cadete, ni conocía su corazón esas aspiraciones, esos deseos apasionados que forman el encanto de la juventud; pero lo hubiera sacrificado todo para ser distinguido por una mujer que podía proporcionarle consideración y un lugar en una de las grandes familias de la colonia. La vanidad, la ambición, eran los móviles de su amor. Si ponía los ojos en la hija de D. Juan de Ródenas era porque esperaba de buenas á primeras satisfacer su inmenso orgullo.

Con todo, no era indiferente á las gracias y seducciones de Inés. A veces su mirada semivelada se detenía complacientemente en ella. Y, luego, no se aventuraba ligeramente en un terreno cuya pendiente le parecía resbaladiza. Ladino y astuto como un verda-

dero golilla, no se forjaba ilusiones respecto á sus cualidades físicas y morales. Contaba conseguir sus fines con la astucia: sabía que Inés había desdeñado muchos brillantes partidos y auguraba que D. Esteban de Portalegre experimentaría la misma suerte.

(Se continuará)

MARÍA ESTUARDO

recibiendo la noticia de su sentencia de muerte

Pocas reinas habrá habido de más novelesca historia que la infeliz princesa á quien podría llamarse «la última dama del Renacimiento.»

Seis días contaba tan solamente cuando reemplazó en el trono de Escocia á su padre, Jacobo V (13 de diciembre de 1542). A la edad de seis años fué enviada á Francia para seguridad de su persona, y allí se unió en 1558 con el delfín, subido al trono al siguiente año con el nombre de Francisco II. Dos años después perdió María á su madre y á su esposo.

Sobrina de los Guisas y cuñada del rey Carlos IX (en cuyo nombre debía llevarse á cabo más adelante la terrible matanza de la noche de San Bartolomé), era María Stuart la única esperanza de los católicos ingleses, que la consideraban como su reina legítima, pues descendía de la hermana mayor de Enrique VIII, y el Papa no había ratificado jamás el matrimonio de aquél con Ana Bolena, madre de Isabel. De ahí una gran rivalidad entre las dos reinas, no sólo como representantes respectivamente del catolicismo y el protestantismo, sino también como mujeres, pues pasaba plaza María Estuardo de ser la más hermosa hembra de su tiempo, mientras que la bermeja hija de Enrique VIII no tenía mucho que agradecer á la Naturaleza. Además, todo lo que María tenía de amable, culta, alegre y elegante, era la otra áspera, iracunda y ruda, lo cual no quita que su inteligencia política fuese consumada.

En 1561 tuvo que abandonar María *le pleasant pays de France* y embarcarse *para el fondo de la barbarie*, ó sea Escocia. A poco estuvo que la escuadra inglesa no se apoderase de ella durante la travesía; pero, en fin, pudo llegar sana y salva y encargarse del poder, entregado durante su larga ausencia á su madre la regente María de Guisa. Encontróse la reina con el país dividido en dos bandos enconadísimos; á saber: presbiterianos y católicos. Con mucho tacto procuró María aquietar las pasiones y atraerse á los intransigentes protestantes, al mismo tiempo que se apresuraba á reconocer á su prima Isabel por reina de Inglaterra, si bien sin renunciar sus derechos á aquella corona en caso de que Isabel muriese sin hijos. La soberana inglesa pareció agradecer mucho aquella fineza, y las dos primas se trataron desde entonces, por carteo, con la mayor cordialidad, cambiando muchos regalos y cumplidos.

Algunos protestantes escoceses, sin embargo, mostrábanse irreconciliables con la *Guisarda*. El más ardiente de aquellos reformados era el predicador Knox, el cual, deseoso de empaparse bien en las doctrinas

calvinistas, se marchó á Ginebra, capital de aquella secta, donde compuso un libro con el apocalíptico título de *Primer toque de la trompeta contra el monstruoso gobierno de las mujeres*, además de lo cual no llamaba nunca á María con otro nombre que el de *la nueva Iezabel*. ¡Cuántas veces el tremendo predicador no hizo llorar á la tierna reinécita con sus brutales insultos! Pero, en fin, iba María conllevándolo todo con paciencia y tacto, hasta que se suscitó la cuestión de la herencia á la corona.

Deseaban los escoceses que María tomase nuevo esposo; mas como la bella reina era la probable heredera de Isabel en el trono de Inglaterra, parecía natural que se aconsejase de ella antes de decidirse á dar su mano á alguien, ya que al fin y al cabo la sucederían en el trono los hijos que pudiese tener María. Entonces empezó un divertido juego: no le hacía á Isabel ninguna gracia que su prima se casara; pero queriendo aparentar lo contrario le proponía diversos candidatos que ella misma tenía buen cuidado en hacer imposibles.

No le faltaban pretendientes á María (entre ellos nuestro célebre príncipe D. Carlos, el primogénito de Felipe II); pero de unirse á un príncipe extranjero tenía que renunciar la Estuardo esperanza de heredar un día el trono de Inglaterra, por más que sobre este particular nunca hubiese querido soltar prendas Isabel.

Por todos estos motivos, dignóse la linda María fijar sus amorosas miradas en el joven lord Darnley, hijo mayor del conde de Lennox, protestante y antes inclinado á Inglaterra que enemigo suyo; pero no por eso se sintió menos despechada Isabel. Celebrado el enlace (19 de julio de 1565) declaráronse en rebelión los nobles escoceses, sólo por espíritu de oposición y por envidia, pues no podía María Estuardo dar mayores pruebas de respeto á los fanáticos presbiterianos que tomando por marido á un protestante. Sin embargo, lejos de agradecersele, los nobles, como queda dicho, se lanzaron al campo, acaudillados por el conde de Murray, hermano de la reina. Ésta y Darnley salieron en persecución de los insurrectos, los cuales, sin aguardarles siquiera, huyeron á Inglaterra.

No le fué de gran provecho, sin embargo, á la infeliz María su victoria. Lord Darnley era muy hermoso, pero no menos bellaco, y molestaba de continuo á su esposa, no sólo con sus borracheras y trapicheos, sino pretendiendo que compartiera con él la autoridad real, como la había compartido su antecesor en el regio tálamo, Francisco II de Valois.

Resistíase á ello la reina, aconsejada por el músico italiano David Rizzio, antiguo amigo de Darnley y tan feo como instruido, en vista de lo cual el lord consorte le hizo asesinar, cayendo acribillado á puñaladas á los pies de la soberana.

Darnley y sus amigos (el canciller Morton, lord Ruthwen, Douglas, Murray y otros) pensaban ahora encarcelar á María, poner al marido en el trono y usufructuarlo ellos; pero Darnley se asustó, pidió perdón á su mujer, y los conspiradores tomaron el camino de Inglaterra, refugio de todos los que atentaban contra la reina de Escocia.

Poco después (19 de junio de 1566) daba á luz María

un niño (que después fué Jacobo VI), cosa que llenó de ira á Isabel, la cual, sin embargo, disimulando su despecho, aceptó ser madrina del recién nacido. Ávida de tranquilidad la reina de Escocia, aprovechó aquella ocasión para conceder una amnistía; pero estaba de Dios que cuando más ajena de cuidados creyese estar, más terribles catástrofes ocurriesen.

Entre los leales á la reina contábase el noble conde de Bothwell, Jacobo Hepburn, consecuente partidario de la legitimidad de los Estuardos; habíase cubierto de gloria sofocando las rebeliones, y, dotado de desenfrenada ambición, no vaciló en presentarse como loca-



GUERRA Á MUERTE.—El parte

mente enamorado de la reina, pidiéndole le diera permiso para desembarazarla de su canallresco consorte. Opúsose á ello María, y aun puede decirse que tuvo á gala mostrarse ejemplar esposa, cuidando á Darnley mientras estaba atacado de viruelas, sin separarse de su lado. Por fin se restableció el marido. Los regios cónyuges y el niño regresaron á Edimburgo, y por temor á que el príncipe se contagiara la viruela, en vez de hospedarse Darnley en palacio se alojó en casa del párroco de la iglesia de los Campos, extramuros de Estrasburgo. Así trascurrió cerca de un mes, al cabo de cuyo tiempo Bothwell y algunos parciales suyos penetraron en la morada de Darnley, á quien estrangularon juntamente con su paje, hecho lo cual hicieron volar la casa (5 de febrero de 1567.)

Aterrada quedó María al saber la desgracia; pero lo malo fué que dió orden de no recibir á nadie, mientras permanecía encerrada todo el día en su cámara con el conde de Bothwell, públicamente señalado como el matador de Darnley. El padre del difunto, conde de

Lennox, pidió justicia; pero de tal manera se atendió su demanda que cualquiera comprendía no se sacaría nada en claro del proceso.

Era costumbre en Escocia que los acusados de algún grave desaguisado compareciesen ante el tribunal acompañados de sus amigos y partidarios, y encontrándose en este caso Bothwell presentóse en Edimburgo al frente de cinco mil hombres, sirviéndole de escolta doscientos fusileros que iban á su lado. Con tal aparato hizo su comparecencia ante el tribunal. No se presentó Lennox, y el jurado absolvió al presunto reo. Orgulloso Bothwell con su triunfo, convidó á los nobles á un banquete, que se celebró en una taberna de Edimburgo, y una vez allí les obligó á firmar un escrito en que se declaraba que jamás se le podía ocurrir á nadie culparle de la muerte de Darnley, y que lo mejor que podía hacer la reina era tomarlo por esposo. Y no sólo no se opusieron á firmar tal documento el canciller Morton y otros acérrimos enemigos de María, sino que se apresuraron á hacerlo, creyendo de esta manera precipitar la ruina de la soberana.

Cierto día de abril, esto es, dos meses apenas de perpetrado el asesinato de Darnley, iba María Estuardo desde Sterling á Edimburgo, cuando salió á su encuentro Bothwell, al frente de mil caballeros, y se llevó presa á la reina y á su comitiva á su castillo de Dunbar. El 12 de mayo la reina declaró que perdonaba á Bothwell su atrevido rapto, y no sólo esto, sino que le nombró duque de Orkney, y por fin, á 15 de mayo, se casó con él.

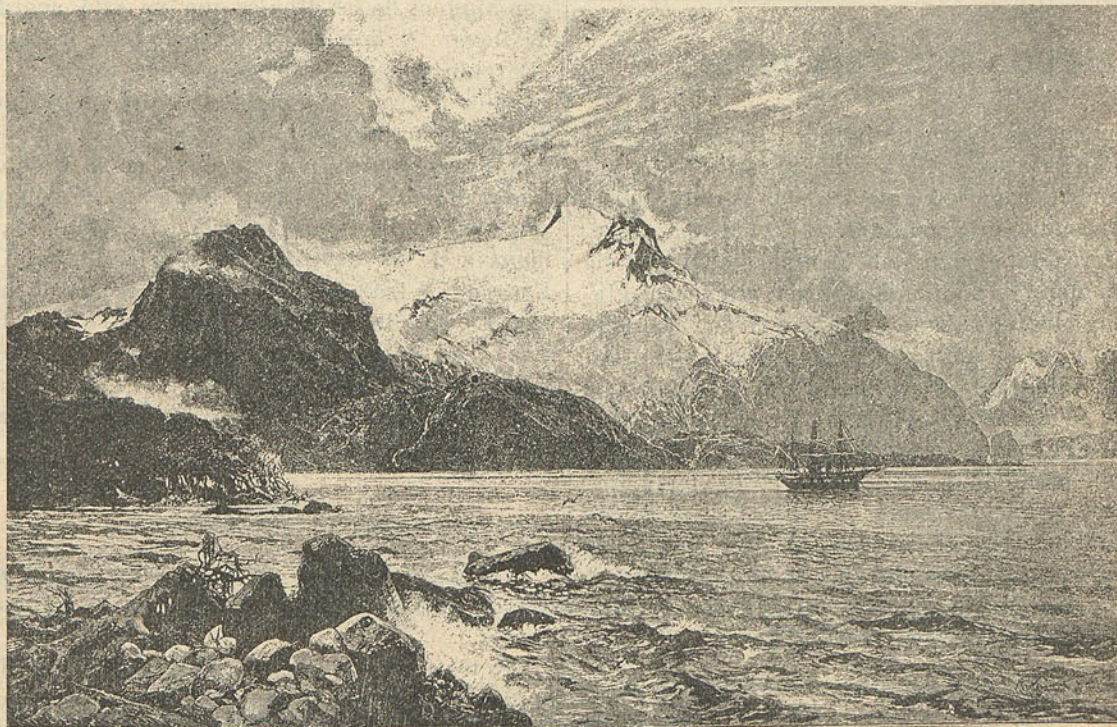
Era aquello un escándalo que pasaba de la raya. Lanzáronse al campo muchos nobles, que, á pesar de haber tomado parte en el asesinato de Darnley, no querían reconocer por rey á un personaje como Bothwell. Salieron María y su nuevo esposo á combatir á los rebeldes; pero apenas los vió Bothwell, cuando le faltó tiempo para apelar á la fuga y embarcarse, dejando sola á María, que se rindió al *laird* de Grange, si bien, más que como prisionera, fué tratada á guisa de esclava (15 de junio de 1567), no habiendo insulto ni humillación que no se la infligiese: tantos fueron los escarnios é insolencias que tuvo que sufrir por parte de los nobles y del populacho. A tal extremo llegó la infelicidad de la reina prisionera que muchos ciudadanos acabaron por indignarse y se pusieron de su parte, en vista de lo cual dos años después (junio de 1569) los barones, temerosos de que aumentase el prestigio de la encarcelada soberana, la sacaron de Edimburgo para trasladarla á un castillo de la isla del Lago de Leven. Mientras tanto, obligóse á la reina á abdicar en su hijo (consiguiéndose por obra de la violencia más brutal) y asaltaron los nobles el Gobierno, calzándose Murray con la regencia.

Gemía la desdichada hermosa en su encierro del castillo de Lochleven, cuando hubo de enamorarse de ella un hermano del gobernador, Jorge Douglas, quien después de varias tentativas consiguió poner en libertad á la seductora prisionera. Operóse rápidamente una reacción en favor de la soberana, y en pocos días fueron á ponerse á sus órdenes cerca de cuarenta señores, con sus mesnadas, jurando que habían de devolverle la corona. Topáronse el ejército real y el del regente en

Langside, siendo derrotados los realistas. A duras penas logró María refugiarse en el convento de Galloway, y allí se le ocurrió la malhadada idea de meterse en la boca del lobo, esto es, de refugiarse en Inglaterra, cuando tan fácil le hubiera sido volverse á Francia. Juzgó María que Isabel la acogería como la hubiera acogido ella en su caso, demostrando con eso el más fatal desconocimiento del corazón del ilustre marimacho inglés. María, pues, se metió en una barca, atravesó el Solway y se encontró en Inglaterra.

En vez de ser recibida como esperaba ella en la

dades. Ni súplicas, ni lágrimas, ni insultos bastaban á poner fin á su tormento. Nada hay tan implacable como el odio de una mujer vieja y fea á una mujer hermosa y joven á quien cree su rival. Trataban las potencias católicas y los católicos ingleses de derribar á Isabel, aunque quiso la suerte que todo les saliese mal: todo eran conspiraciones en el país, y como de cada vez aumentaba mucho más el peligro de que fuese liberada María y colocada en el trono de Inglaterra, procuróse que apareciese comprometida en cierto complot para de esta manera deshacerse de ella. Se la



Estrecho de Magallanes

corte de Londres, encontróse María con la orden de que la condujesen presa al castillo de Bolton, bajo la acusación de autora de la muerte de Darnley. Reunióse en York un tribunal inglés (arrogándose atribuciones y una jurisdicción que no tenía) y no se pudo probar nada; pero María quedó presa (1569.)

Quedaba satisfecho el odio de Isabel hacia su hermosa prima; pero resultó que la estancia de María en Inglaterra constituía gran peligro para la seguridad del trono que ocupaba la hija de Ana Bolena. Encendióse el furor de los católicos. Nuestro Felipe II, el Papa, los Guisas y los católicos franceses no deseaban sino destronar á Isabel y poner en su lugar á la reina cautiva. El bribón de Murray, el regente de Escocia, hermano de María, fué muerto de un tiro por un agravio, hasta que por fin fueron derrotados los partidarios de la Estuardo, subiendo al trono, después de muchas revueltas, su hijo Jacobo, cuando sólo contaba trece años (1578.)

Por espacio de diez y nueve años fué recorriendo María Estuardo fortaleza tras fortaleza, tratada siempre con cruel barbarie, con insultante rigor, sujeta á las mayores privaciones y á las más innobles necesi-

juzgó, pues, de cualquier manera y fué condenada á muerte (6 de diciembre de 1586.)

Lamentábase, sin embargo, Isabel de que María tuviese que ser ejecutada en virtud de sentencia que debía aprobar ella, y dolíase de que algún carcelero no tuviese bastante corazón para matarla de por sí, á puñaladas ó de un jicarazo. Nadie quiso, sin embargo, asesinar á la prisionera, y por lo mismo debió ser descabezada en toda regla. El 7 de febrero de 1587 se presentó en el castillo de Fotheringay, donde yacía presa María, el conde de Shrewsbury, que debía notificarle la sentencia y la orden de ejecución. La reina, enferma de reumatismo, escuchó serenamente la noticia; aguantó diversas groserías de aquellos protestantes; juró que era inocente; rechazó los consejos de los isabelinos para que abjurara de la religión católica; retiróse para entregarse á sus devociones, y fué ajusticiada al día siguiente en un cadalso levantado en medio del salón del castillo, dando muestras de admirable serenidad y cristiana resignación, á pesar de las impertinencias con que la molestaba un doctor anglicano, que no cesaba de atormentarla con incalificables exigencias para que abrazara el protestantismo.

El verdugo tuvo que descargar tres hachazos para separar la cabeza del tronco.

Murió María á la edad de cuarenta y cinco años. Isabel, derramando lágrimas de cocodrilo, mandó decir á los reyes de Europa que nadie deploraba tanto como ella aquel fatal *accidente*. En cuanto á Jacobo VI, hijo de María, procuró no aparecer muy enfadado á fin de no perder la herencia que esperaba, esto es, la corona de Isabel, no tardando uno y otro en estar á partir un piñón. Y, en efecto, á la muerte del virago inglés su cedióle en el trono el hijo de su real víctima.

LA FUGA DEL PRESIDARIO

Habían conseguido por fin la libertad; habíanse fugado; habían roto sus grillos, sus esposas. Todo, mil veces la muerte, era preferible á la vida horrible de las minas. Emprendieron al punto desesperadísima carrera: había cerca del camino unos pantanos cubiertos de espesas junqueras y plantas acuáticas: allí se refugiaron. Derrengados, exánimes, no podían ya con sus cuerpos. El más joven animaba á su viejo camarada. —¡Ánimo! ¡Adelante!—Pero llegó un momento en que las piernas se negaron á llevarle. Ya no podía más. Detuviéronse. El joven sostenía en sus brazos al viejo, cuando, ¡oh maldición!, oye cerca, cerca, los gritos amenazadores y los juramentos terribles de los soldados que van en persecución de los prófugos. ¡Ay de los míseros fugitivos! Valiera más que se hundieran en el fango de la charca y en él se sepultaran que no caer en poder de sus implacables guardianes.

LOS CENTAUROS DEL GRAN CHACO

El Gran Chaco es uno de los países más encantadores de la América del Sur. Su extensión excede de 350,000 kilómetros cuadrados, alcanzando de N. á S. desde Bolivia al Salado, mientras que le cierran por Oriente el Paraguay y el Paraná. La región es enteramente salvaje sin que hasta hoy se le haya podido conquistar ni civilizar, á pesar de las pretensiones del Brasil, Bolivia, la Argentina y Paraguay. El país es llano, cubierto de pastos y de bosques de palmeras, de mimosas, plátanos, añiles y otros árboles.

Los indios que habitan este país son altos, delgados, bien formados, atezados, pero no más que los mulatos. Casi nadie se tatúa, salvo en caso de guerra. Respecto á vestido, es la desnudez casi absoluta. Viven á lo nómada, de la caza, estando convertidos en unos verdaderos centauros, pues sobran para ellos los arneses y jaeces; cazan siempre á caballo ciervos y nandúes, con lanza y flecha, á veces con lazo, auxiliados por sabuesos de admirable olfato. Digamos también que los indios del Gran Chaco se dedican con mucho éxito al pillaje, profesando todos ellos un cordialísimo odio á la gente blanca.

NOTICIAS

SELLOS CURIOSOS

El director general de Correos de los Estados Unidos ha resuelto hacer una tirada especial de sellos de correos, que serán conocidos con el nombre de *sellos colombinos*, y que están destinados á conmemorar el descubrimiento de América por Colón. Los nuevos sellos tendrán la misma altura que los que hoy circulan, pero serán de doble ancho, á causa de que así lo exigen algunos de los dibujos que ya está acordado han de llevar, y que entre otros figuran los siguientes: «Descubrimiento de América por Colón», «Primera vista de tierra», «La flota de Colón en el mar», de la *Revista de la Marina*; «Desembarco de Colón», de un cuadro de Vander Lyn que está en el Capitolio; «La Santa María», de Alfred Harris; «Colón pidiendo protección á la Reina Isabel», y «Colón relatando la historia de su descubrimiento á los Reyes Católicos Fernando é Isabel, después de regresar de su primer viaje». Una de las series llevará el retrato de Colón. Las series completas se pondrán probablemente á la venta el 1.º de enero de 1893, y es muy probable que durante ese año el producto de la venta exceda en mucho al de los años anteriores.

PERRÓFILOS

Los ingleses tienen en Londres un establecimiento que les traerá las simpatías de todos los amigos de los perros.

Se trata de una casa de beneficencia ó asilo, destinado á recoger y hospedar á los perros abandonados.

Dicho establecimiento, que es conocido con el nombre de *Doig's Hoine*, es una cosa así, como si dijéramos casa solariega de los perros, y parece ser uno de los establecimientos *benéficos* que tienen vida más próspera en aquella ciudad.

Hace poco que «un amigo de los perros desvalidos» le hizo donativo de mil libras esterlinas, y cada año aumentan sus recursos de tal modo, que en 1890 le permitieron recoger 25,121 perros abandonados, de los que 3,235 fueron vendidos ó reclamados.

En la misma casa han encontrado hospedaje también 676 gatos, de los que 183 fueron colocados por sus amos en calidad de *pensionistas*.

Durante el año no se ha señalado ningún caso de hidrofobia.

El establecimiento acaba de entrar en el año treinta y uno de su existencia, y se estima en muchos millones el número de perros que durante este tiempo ha salvado de la miseria y de la muerte.

Como es natural, nuestras sociedades protectoras de los animales han de saber esto con verdadera alegría.

Pero, de todas maneras, no deja de ser chocante esta manifestación de amor á los perros en los ingleses, que con frecuencia no se distinguen por un exceso de cariño á los hombres.

Los irlandeses y los habitantes de las Indias in-

glesas tendrán al menos una prueba de que en Londres hay gente que tiene muy buen corazón... para los perros.



LAS VÍCTIMAS DE LA GUERRA

Un hábil estadístico inglés ha calculado, según documentos oficiales, el número de víctimas causado por las guerras modernas. La de 1870, entre Alemania y Francia, costó 250,000 hombres muertos á los dos países; la de 1866, entre Prusia y Austria, 46,000 muertos; la de los Estados Unidos (el Norte contra el Sud), en 1864, 485,000; la de Italia, en 1859, 63,000; en fin, la de Crimea, la más terrible de todas, en 1854, 785,000 muertos en cifras redondas.

Las guerras del primer Imperio costaron la vida á 5.000,000 de europeos. Añadiendo á esta cifra la de las víctimas de la guerra en el siglo último, se encuentra un total de 19.840,000 muertos de las naciones civilizadas de Europa y Estados Unidos.

Si nos remontamos á la guerra de Troya, la proporción es siempre la misma. Aquellos combates cuerpo á cuerpo eran verdaderamente más mortíferos, citándose algunos en que las víctimas pasaban de 200.000, cifra muy considerable para la época. Así, la derrota por Marius de los cimbrios y de los teutones, las últimas expediciones verificadas por Atila, arrojan resultados espantosos. De 18 á 20 millones son muertos cada siglo en Europa.

En Asia, y particularmente en China, el número de víctimas de la guerra, por siglo, es poco más ó menos igual. Gengiskhan y Tamerlan, entre otros, han sacrificado un gran número de millones de hombres á su gloria de conquistadores.

En fin: es preciso también contar con las naciones no civilizadas que pagan su tributo á la hecatombe secular con cinco millones de víctimas.

Se puede, por lo tanto, calcular en 40 millones el número de víctimas que hacen cada diez años las guerras políticas, religiosas ó internacionales.

Las estadísticas más minuciosas prueban que, á partir de la guerra de Troya, todos los años han dado su prorrata de víctimas y que en los treinta siglos que han transcurrido desde las primeras edades de la historia del Asia hasta nuestros días, las guerras han destruido 1,200 millones de hombres, es decir, casi la población total que actualmente tiene el globo.



VIRTUDES DE LA UVA

La uva, fruta tan apreciada para comer y cuyo jugo ofrece tan variados y exquisitos vinos, posee virtudes medicinales que, no siendo conocidas de la generalidad, creemos útil consignar.

Estando en su completa madurez, las uvas son muy convenientes á las personas que sufren afecciones inflamatorias en las vías digestivas, pues son un excelente y suave laxante, así como sus pepitas trituradas, y haciendo con ellas una horchata, en muchos puntos disfrutaban una gran reputación contra la disenteria y los vómitos de sangre.

Las cenizas de las cepas son diuréticas. Las hojas, secadas á la sombra y pulverizadas después, son remedio muy eficaz contra las hemorragias. El jugo de los sarmientos es un excelente colirio para la inflamación de los ojos, y las pasas son un buen pectoral.

El vino negro es un fortificante precioso y el blanco un grande aperitivo.



UNA TRAGEDIA

Acaba de ocurrir una tragedia espantosa en Saint-Cyr-sur-Morin, cerca de Coulommiers.

Ha muerto asfixiada toda la familia Monpert compuesta de padre, madre y cuatro hijos.

El domingo antepenúltimo, Monpert, que era guarda de campo, fué á Coulommiers á buscar recursos monetarios.

Como pasaran varios días y no volviera, creyó su mujer que le habría sucedido alguna desgracia, y decidió morir con sus cuatro hijos.

Para conseguirlo, tendió en el suelo un colchón, donde acostó á sus hijos después de haberles hecho tomar un vaso de alcohol, y encendió un brasero bien recargado de materia combustible.

El viernes, cuando volvió Monpert, se encontró con los cinco cadáveres, y sin decir una palabra cerró herméticamente la puerta, encendió nuevamente el brasero, se acostó cerca de su hija más joven y aguardó la muerte.

Este drama ha producido en toda la región emoción profunda.



EN UN NIDO DE CIGÜEÑAS

No solamente los animales no ignoran la gran ley moral que prescribe á todo ser viviente acudir en socorro de su prójimo cuando éste se encuentre en desgracia, sino que á veces son capaces de acudir á la fuerza pública para reprimir las infracciones á las leyes positivas, cuyo sostenimiento es indispensable para la existencia de cualquier sociedad.

Dos cigüeñas habían construido su nido al abrigo de una chimenea y velaban con solicitud sobre el único huevo, fruto de sus amores. Sin embargo, un día se alejaron las dos al mismo tiempo durante algunos minutos, y el propietario de la casa aprovechó la ausencia de aquéllas para robar el huevo y reemplazarle con uno de pato. Este propietario era un sabio que hacía ya mucho tiempo estudiaba las costumbres de las aves, y la ocasión le pareció oportuna para hacer una experiencia.

La hembra continuó incubando sin apercibirse de la cruel superchería de que había sido víctima, y al cabo de algunas semanas salió del cascarón un patito.

Ante catástrofe tan inesperada, el macho dió pruebas de la mayor desesperación; huyó apresuradamente del nido conyugal, y al cabo de cuatro días volvió acompañado de quinientas cigüeñas. Según costumbre de sus semejantes, el desgraciado había contado su desventura á todas las aves de su especie que había encontrado: el caso había hecho ruido y la autoridad pública se había conmovido. El congreso general de

las cigüeñas se reunió en un campo próximo para juzgar á la acusada, y la deliberación duró todo el día. Los oradores ocupaban el mismo puesto para pronunciar su discurso.

Por fin se levantó la sesión, y una inmensa multitud

Un propietario de los alrededores de Berlin observaba hacia ya varios años á una pareja de cigüeñas que había fijado su domicilio en el tejado de su granja, y que parecía vivir en perfecta inteligencia, cuando un pretendiente fué á rondar alrededor del nido.



Los centauros del Gran Chaco

de cigüeñas cayó sobre el nido donde la acusada esperaba la sentencia. La desgraciada murió, como también el patito, y la larga lista de errores judiciales contó dos víctimas más.

Todas la cigüeñas que comparecen ante la justicia de su tribu están lejos de merecer el mismo interés que la inocente esposa condenada á pagar con su vida el escamoteo hecho por un sabio.

El macho trató de alejarle por la fuerza; pero fué vencido y cruelmente maltratado en la batalla, sin que la hembra le socorriese. Para vengar á la moral, el hombre tomó un fusil, y como, por desgracia, no apuntara bien, mató al esposo en lugar de matar al amante.
¡Oh justicia humana! ¡Hé aquí tus actos!

